

LA INDEPENDENCIA DE CHILE.
Tradicción, modernización y mito

por ALFREDO JOCELYN-HOLT LETELIER
Ediciones Mapfre, Madrid, 1992.
368 páginas.



Sorprende la calidad de la producción historiográfica chilena de los últimos años. No me refiero a la de los "maestros" reconocidos y consagrados sino a la producción de la generación de historiadores que tienen entre treinta y cuarenta años. A pesar de, o mejor dicho, gracias a recorridos, sensibilidades, metodologías, aproximaciones y problemáticas distintas, ella nos ofrece un cuadro de la investigación historiográfica, hoy en día en Chile, variado y rico en sugerencias interpretativas.

En este contexto sobresale el estudio sobre la Independencia de Chile de Alfredo Jocelyn-Holt. Publicado en España entre más de 300 títulos de las Colecciones "Mapfre 1492", en la cual colaboraron más de 330 historiadores de 40 países distintos para celebrar el V Centenario del descubrimiento de América, dentro de la sección (la colección total comprende 19 secciones) "Independencia de Iberoamérica" que nos ofrece 16 títulos.

En general, operaciones editoriales de tal envergadura, pensadas para responder a necesidades que se mueven entre las celebraciones y la alta divulgación, no presentan contribuciones científicas o historiográficas novedosas. Representan, muy a menudo, ante todo para los mismos autores que las producen, síntesis de pensamiento y aportes historiográficos.

ficos ofrecidos en otros trabajos ya conocidos o debatidos. La obra de Jocelyn-Holt resulta, en ese sentido, una excepción en cuanto es la publicación de su tesis doctoral en la Universidad de Oxford y nos permite conocer por primera vez su pensamiento en forma más acabada.

Llama la atención el asunto, bastante curioso, que, mientras entre los historiadores europeos este estudio ha sido bastante discutido y comentado, en Chile, a pesar que son ya tres años que circula, no parece haber suscitado discusiones historiográficas apasionadas, aun cuando el estudio ofrece muchos elementos de discusión.

Antes de todo me parece importante decir que el tema —la Independencia de Chile— es para nuestro historiador casi un “pretexto”, una ocasión para entregarnos su contribución a la reflexión sobre el problema de la modernidad en Hispanoamérica. La aproximación del autor al problema de la modernidad, a su vez, resucita el viejo y eterno problema que preocupa a cada historiador: la relación entre continuidad y cambio en el proceso histórico. Alfredo Jocelyn-Holt, explicita todo esto: lo declara muy abiertamente en la Introducción y lo recuerda continuamente en el libro. Declara que los nudos problemáticos que quiere trabajar son los que se organizan alrededor del problema de la modernidad y de los actores sociales portadores de esta modernidad que el visualiza en la élite de la época.

También llama la atención el corte discursivo del libro. Jocelyn-Holt “dialoga” continuamente con otros estudiosos del tema. Permanentemente confronta sus interpretaciones de los fenómenos y procesos de la Independencia con las interpretaciones de otros historiadores chilenos, europeos, norteamericanos como para insinuar que no existe o no es relevante o es incognoscible la “historia” sino que lo único que existe es la “historiografía” o la historia de la historiografía. No es sorprendente que su prefacio al libro se abra con una cita de Umberto Eco (“...sólo se hacen libros sobre otros libros y en torno a otros libros...”) y que en el último capítulo se cite a Nietzsche (“no existen los hechos, sólo las interpretaciones”, pp. 299-300). Así el trabajo que estoy comentando se transforma en escenario en el cual no actúan solamente los actores de la época analizada sino también los estudiosos y pensadores que han reflexionado y aportado sobre las temáticas que el autor indaga. Es asombrosa la solidez cultural que permite a Jocelyn-Holt moverse con soltura entre las sugerencias de De Tocqueville y Habermas, Voltaire y Furet y de aprovechar los aportes historiográficos de los clásicos chilenos —Amunátegui, Barros Arana, Vicuña Mackenna, Edwards— así

como de estudiosos como Mario Góngora, Sergio Villalobos y Simón Collier para ordenar a su manera los “hechos”.

Y éste es el tercer elemento de carácter general que quiero subrayar antes de pasar a comentar más detalladamente el estudio. Lo que me parece novedoso no son tanto las informaciones “inéditas” que se pueden encontrar en el libro, cuanto la “telaraña” que el autor construye utilizando las informaciones que posee, los criterios de relevancia en función de los cuales la construye, tejiendo al mismo tiempo su interpretación. El mismo indica la importancia del “cómo” se ordenan los hechos cuando, siempre en la Introducción, cita a Virginia Woolf (“...lo nuestro es unir viejas palabras en un orden nuevo para que subsistan...”) casi para insinuar que para los historiadores lo relevante no son los hechos “en sí” sino la manera en la cual los estudiosos los ponen en relación construyendo nexos.

En fin, hay que hacer notar que el trabajo está bien escrito, la riqueza del vocabulario es notable y su utilización muy rigurosa, cosas que, en estos tiempos, no son tan frecuentes.

Pasamos ahora a analizar con mayor detalle la estructura de la obra. Se organiza en tres partes respetando así los ritmos temporales que interesan al historiador: el pasado del fenómeno que se quiere analizar, el tiempo en que tal fenómeno se desata y, en fin, el tercer tiempo, lo que viene después.

En la primera parte, titulada “El Legado Colonial”, me parece que el autor revisita el pasado colonial con tres objetivos. El primero consiste en evaluar el potencial transformador y el sentido “rupturista” del reformismo borbónico, cuyo análisis ocupa casi toda esta primera parte del texto. El análisis de la situación de Chile en el siglo xvii y sobre todo su colocación periférica, al interior del imperio español, es importante para la evaluación antes dicha. El segundo objetivo tiene que ver con dejar en claro el proceso de articulación tardía de la sociedad criolla y por tanto el surgimiento lento de su *élite* que, a diferencia de lo que la historiografía había indicado, se consolida y adquiere fuerza en el siglo xviii gracias al proyecto cultural y político de los Borbones. El tercer objetivo se refiere a detectar, a final del siglo xviii, gracias a las políticas militares, económicas y fiscales de los Borbones que permiten la creación de un Estado embrionario, una modernización política incipiente que se visualiza sobre todo en la concepción del Estado como la única fuente de poder posible. “El Estado, además, se constituye en el único sujeto de este nuevo orden político. Y a fin de maximizar su fuerza, se institucionaliza, impone una concepción unitaria del poder,

elimina a posibles competidores y racionaliza sus fines, con lo cual queda lisa y llanamente desvirtuada la forma tradicional de concebir el poder político” (p. 105). Además está la introducción de una cosmovisión moderna, especialmente en lo político, por parte de la Ilustración, sentando las bases para un cambio posterior más radical.

En extrema síntesis, dejando *ad latere* los matices, lo que el autor quiere decirnos es que el Chile colonial, siendo en los siglos xvi y xvii de escaso interés para la corona española y la periferia de la periferia, se construye y organiza y toma peso gracias al reformismo borbónico que, en lugar de oponerse y desarticular los poderes existentes previamente, ciertamente entrando en relación dialéctica con ellos, los potencia y consolida. Un ejemplo de lo que afirmo es la lectura que Jocelyn-Holt da de los Cabildos en este período. El autor rechaza la interpretación de la decadencia de esta institución en la segunda parte del siglo xviii, afirmando que no hay ningún indicio de que haya habido una política concertada contra el Cabildo como institución por parte de la Corona.

A pesar de lo interesante que resulta ser la lectura de esta primera parte, sobre todo por la indicación metodológica insistente de leer las tensiones que se dan entre los poderes criollos y el poder de la Corona —no necesariamente antagónicas— me parece detectar en ella algunos “apuros” analíticos. Sobre todo dos puntos me hubiera gustado ver más articulados. El primero se refiere a las dinámicas que se dan al interior de la *élite* y a su rearticulación con la llegada de los vascos cuando ya está en camino el proyecto de reorganización de los Borbones. Jocelyn-Holt se refiere a esto en forma muy apresurada (p. 89) en el párrafo sobre la caracterización de la *élite*, sin plantear, ni siquiera como duda, que el rol y las funciones que los vascos juegan, podían ser funcionales a la estrategia de los Borbones y por esto mismo producir dinámicas dialécticas pero no antagónicas. El trabajar la *élite* más como realidad concreta, no como concepto, por ejemplo con nombres y apellidos, hubiera ofrecido bases más sólidas a su misma interpretación. El segundo punto se refiere a la expulsión de los jesuitas en 1767 (pp. 64-65). También me parece que este tema hubiese merecido una reflexión más articulada por parte del autor y me hubiera gustado apreciar su *verve* polémica en lugar de encontrarme frente a indicaciones bibliográficas rápidas.

La segunda y tercera parte son, sin duda, mucho más sólidas y donde más se aprecia la soltura del autor en enfrentar y resolver los varios nudos problemáticos que plantea.

En la segunda parte, cuyo título es “La coyuntura crítica”, con gran finura el autor logra que el lector visualice, casi físicamente, el lento, prudente cambio de sentido de los elementos de modernidad —desde la apertura comercial a la alteración de las bases de legitimidad tradicional de la autoridad— sobre los cuales se construyó, en el siglo XVIII, la fuerza y el consenso de la política borbónica y que comienzan, a final del mismo siglo, a producir crisis. Cambios que se producen en un “tiempo largo” y que se mezclan con los eventos del “tiempo corto” adquiriendo también ambigüedades dobles y opuestos sentidos. La narración toma un ritmo intenso, rápido, sin ningún estancamiento, que expresa bien el “tiempo corto” que se introduce en el discurso. Muy hermosas son las páginas que hacen referencia al proceso de conciencia y autoestima de la *élite* frente al sistema. Conciencia y autoestima, continuidad de la tensión hacia el cambio pero que son prudentes, cautas, y que, a pesar de todo, no permiten ni siquiera pensar en desafiar el poder peninsular. El quiebre no es buscado, sino casi se impone por circunstancias exógenas. Tiene que ver con la crisis constitucional, la invasión napoleónica de España y, en fin, con la guerra. Irrumpe en una situación desgastada e indefinida que no logra, por sí sola, redefinirse. El análisis de Jocelyn-Holt enfoca los eventos del tiempo corto, las opciones que se eligen dentro de él, el carácter imprevisible de éstas, su velocidad y su dinámica como variables fundamentales para entender el proceso de modernización de más larga duración en que tales eventos se insertan. La autonomía política, la opción republicana, el nacionalismo no son expresiones de intencionalidades programáticas anteriores. La radicalidad del proceso, reitera el autor, no es propia de las dinámicas internas al país sino que “reside en los hechos y en las nuevas condiciones que se iban produciendo fuera de Chile. Éstas lo fueron impulsando hacia posiciones más extremas sin que hubiera necesidad de un programa revolucionario *a priori* concebido por una vanguardia plenamente consciente”. En síntesis, “la fuerza de los acontecimientos, la contingencia coyuntural, la improvisación y el ensayo hacen derivar las opciones hacia un orden nuevo, autónomo e independiente” (pp. 139-140).

Esta segunda parte da cuerpo sólido, explicitándose en un sapiente entretenerse de análisis factual y reflexión teórica, según la postura historiográfica de Jocelyn-Holt frente a la Independencia. Para nuestro autor ella es al mismo tiempo proceso y evento. Representa un hito periodizante en la historia de Chile porque en ella se conjugan el “tiempo largo” del anhelo modernizador y de la tensión hacia el cambio

que se produce en la *élite* desde el período borbónico y el “tiempo corto” de los acontecimientos que obligan a cambiar el signo y a redefinir algunos de los contenidos de las tensiones modernizadoras del tiempo. Entonces no es algo que se puede “poner entre paréntesis” para subrayar la dimensión de la continuidad como quisieran los historiadores conservadores y neoconservadores, ni se puede leer como “quiebre total”, “nuevo inicio”, como la celebran los historiadores liberales para enfatizar la modernidad y el cambio.

No solamente concuerdo totalmente con la visión del autor, sino que, a propósito de la relación compleja, a veces contradictoria, pero muy estrecha que él detecta entre tradición y cambio, entre proceso y evento, quiero proponer una interrogante que me sugirió durante la lectura de las consideraciones de Jocelyn-Holt. En lugar de una visión dicotómica y antitética de la relación entre tradición y modernidad él propone una visión “*processuale*” (de proceso). Me pregunto, si no se puede ir todavía más allá en el sentido de considerar algunos elementos tradicionales como variables explicativas fundamentales del cambio y de la modernidad. Creo que si nos quedamos a nivel teórico y abstracto, hablando de estos dos conceptos en singular y refiriéndonos sólo a la dimensión global de la realidad, lo que yo digo podría parecer paradójal. Pero si hablamos en plural, saliéndonos de una evaluación global y analizamos en lo concreto —como cada historiador tiene que hacer— los elementos tradicionales y los elementos modernos, podríamos detectar que, algunos de los primeros no solamente conviven sino que favorecen el surgimiento mismo de algunos de los segundos. Para ser más clara, hago referencia a un caso paradigmático: el de Japón. Estudios hermosísimos han mostrado cómo, justamente, la estructura social tradicional, fuertemente cerrada y jerárquica, lejos de impedir favoreció la modernización económica del país. Sería apasionante, a mi parecer, discutir nuevas formas de plantear la relación entre las dos “polaridades” que estamos analizando.

Para volver al estudio que estoy comentando, el autor sigue analizando la mezcla de “tradición” y “modernidad” en la tercera y última parte de su obra, la que titula “Proyección futura”, donde el cambio aparece inconcluso, detectable en el plano discursivo pero todavía amarrado en la “larga noche colonial” de la tradición.

A pesar que también esta última parte mantiene un alto nivel discursivo, tengo que decir que es la que menos me gusta. Es como si las capacidades explicativas y persuasivas del autor no demostraran la misma fuerza y coherencia que se da, por ejemplo, en la segunda parte.

Creo que esto está estrictamente relacionado con el espacio temporal que el autor toma en consideración para medir y evaluar la proyección futura de la Independencia. Me pregunto y pregunto al autor si no es un tiempo demasiado “corto” considerar solamente los años veinte y llegar con su análisis a 1829. Creo que en lugar de dedicar el capítulo X a comentar el debate historiográfico y la Independencia como mito —todo muy interesante, pero no necesario para que el lector se de cuenta de la postura historiográfica del autor— lo hubiese dedicado a un análisis más articulado de las dinámicas de los años treinta y cuarenta, hubiese fortalecido más su línea interpretativa y evaluado en forma menos apresurada el liberalismo de la época. Pienso, por ejemplo, que hubiera enriquecido más la obra el tipo de reflexiones que el mismo Jocelyn-Holt ofreció al público italiano en su hermoso y novedoso ensayo sobre Portales publicado en: A. Cuevas (ed.), *América Latina. Uomini e Idee*, Roma, 1995, pp. 411-434. Aquí logra mostrar otra vez, con la misma fuerza evocativa que detectamos en la segunda parte del libro que estamos comentando, el juego complejo entre continuidad y cambio que se da en las actuaciones de Portales, indicando cómo, a pesar de muchas cosas, la Independencia sella el camino hacia la modernidad.

Notaba anteriormente la evaluación “apresurada” que da el autor sobre el liberalismo chileno. Estoy en desacuerdo con él y con Malcolm Deas cuando recuerdan la “ambigüedad implícita del liberalismo decimonónico, su apariencia vaga, romántica y poco precisa, capaz de cobijar a la vez potencialidades subversivas peligrosas (donde) mucho lobo se ve bajo poca piel de oveja” (pp. 19-20). A mi modesto parecer una afirmación de este tipo está en franca contradicción con todo el esfuerzo que Jocelyn-Holt hace en el libro para convencernos de cuán compleja y atormentada es la senda de cualquier proceso y me hace acordar de los modelos paradigmáticos que en este momento de mi trabajo de historiadora aborrezco. En Chile se dio el “liberalismo chileno”, inconcluso, ambiguo y contradictorio como lo fue cualquier otro liberalismo en cualquiera otra parte del mundo, con sus propias especificidades y sus problemas. Sería muy largo discutir esto pero es un punto en que quiero poner la atención porque el liberalismo latinoamericano es otro problema que, a mi parecer, necesita ser rescatado de los juicios, sean “hagiográficos” o negativos, que lo han marcado.

Las notas críticas que me he permitido expresar, evidentemente no quieren disminuir el valor del estudio de Jocelyn-Holt, sino agregarle más fuerza. Mario Góngora, que fue el intelectual más inconformista que

encontré en Chile, comentando conmigo varias obras, me repetía a menudo que no existen estudios perfectos o acabados o si existían eran aburridos. Cada uno de nosotros, al escribir un libro, tiene que concluirlo antes de que sea completo, "perfecto", sin nada más que decir o criticar. La preocupación de un escritor de cualquiera cosa tiene que consistir en dejar "sendas abiertas" para que otros puedan seguir el trabajo, en plantear problemas sin necesariamente ofrecer respuestas acabadas, en provocar reacciones y críticas. En pocas palabras, para él los libros "buenos" tenían que ser vivos, con luces y sombras, y provocar reacciones.

Me parece que *La Independencia de Chile* de Alfredo Jocelyn-Holt responde a las características indicadas por don Mario. Espero que el consenso o la crítica a su obra encuentren voz para ser expresados.

MARÍA ROSARIA STABILI
Terza Università
degli Studi di Roma